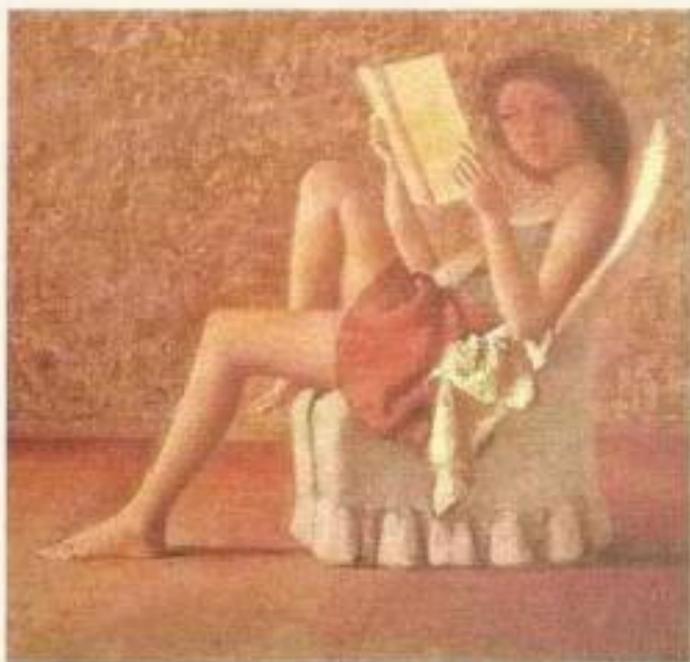


CRISTINA  
PERI ROSSI

El libro  
de mis primos



A través de las distintas voces de los primos de una familia de la oligarquía, la autora narra la decadencia de un mundo tradicional y la brusca irrupción del movimiento guerrillero urbano, con sus ideales y contradicciones. La angustia de Oliverio, el primo menor sirve de guía en el descubrimiento de la falsedad de las apariencias, de la ambigüedad de los lazos familiares, el nacimiento del erotismo y el desorden que crea el sexo. Premiada varias veces, la novela es considerada como una de las más importantes de la vanguardia hispanoamericana, por su temática y sus innovaciones formales.

*En casa me esperaba la familia: un pasado  
remoto.*

JUAN JOSÉ ARREÓLA

## Prólogo a la edición de 1989

Publiqué por primera vez *El libro de mis primos* en Montevideo, Uruguay, en 1969. La novela había ganado el premio Biblioteca de Marcha, el más importante del país, concedido por un jurado tan exigente como insobornable: Ángel Rama, Juan Carlos Onetti, Jorge Ruffinelli. Entonces yo tenía veintisiete años y era mi primera novela, aunque antes había publicado dos libros de relatos: *Viviendo* (1963) y *Los museos abandonados* (1968).

Todo pasado es mítico: envuelto en el vaho del tiempo y en la flotación del espacio, se impregna de la sustancia de la evocación y de la nostalgia, sin las cuales no hay poesía. Poder publicar esta novela otra vez, veinte años después, es recuperar parte del pasado, sin el cual difícilmente hay presente. Vivimos una época de gran aceleración, donde todo es efímero: lo que consumimos, los amores, los deseos; en cierto sentido, también los escritores han caído en la tentación de la actualidad, y la pretensión de servir a la posteridad es ruborizante. Un extraño pudor nos hace pensar solo en el presente; escribimos para nuestros contemporáneos, no para quienes vendrán, aunque es posible que algún libro sobreviva al desgaste devorador de los cambios. Si esta novela consigue atraer hoy al lector, veinte años después de publicada por primera vez, yo me sentiré satisfecha.

Los jóvenes son audaces y seguros de sí mismos: yo escribí esta novela al borde mismo de los géneros, mezclando deliberadamente prosa y poesía. No era un invento personal: los escritores románticos lo habían practicado, mucho antes, proponiendo una literatura de fragmentos y fronteriza, donde la poesía y la prosa se confundían para ampliar cada registro. Benedetto Croce, por lo demás, ya había pronosticado la ruptura de los géneros como expresión de la modernidad: el hombre contemporáneo es un ser disociado, solo puede recomponer su imagen a través de la ambigüedad y la confusión. Seguir el ritmo del pensamiento, de las asociaciones, me impulsó a escribir ora en verso, ora en prosa. El propósito no era tanto la ruptura formal como unir aquello que frecuentemente el lector encuentra por separado: la narración y el lirismo, la prosa y la poesía. Todo se funde en la redoma del tiempo, ¿por qué no en el texto? Borges dice que un autor puede sentirse satisfecho si ha conseguido plasmar una metáfora memorable. Quizá el lector encuentre alguna.

CRISTINA PERI ROSSI

*Barcelona, junio de 1989*

## I

Veo a mi hermano juntando ropa  
sus manos hábiles aflojando  
las cuatro patas de la mesa  
quitándole los tornillos a las lámparas  
ensuciando los retratos de los antepasados  
que colgaban mustios de las paredes;  
veo la peregrinación de Corpus  
y la procesión de cirios  
—en la noche oscura encendimos las esquinas—  
y mil niños como yo soltándose  
de las manos de madres y de abuelas  
para ir a tocar el ruedo de la túnica  
de Jesús

veo el báculo en que San Pedro  
se apoyaba cuando iba caminando  
por las calles, murmurándose a Cristo  
tenebrosos presentimientos de pecado  
y las nueces de las noches de Resurrección  
masticadas mientras blandas piezas teatrales  
se desarrollaban en la radio; veo la  
colección completa de «Para Ti»  
con sus páginas centrales dedicadas a  
«Las Joyas de la Pintura Universal»  
donde yo recortaba una virgen de Rafael  
o de Ticiano, encuadraba una bailarina

de Degas o la melancolía de un durazno  
de Cézanne.

Veo a mi prima –la que se quedó soltera–  
mordiéndose las uñas  
y mi abuela aconsejándole que cambiara  
de peinado que probara otro color para los labios  
«Arréglate bien, hija de Dios, no seas descuidada»  
y una de mis tías, que era Hija de María  
y preparaba a las niñas de los vecinos  
para recibir la comunión

«Soy cristiana por la gracia de Dios»  
«Amo a Dios por sobre todas las cosas»  
«encarnado en Jesús, Hijo Amantísimo»

y el perro de la casa le ladraba  
al hueco del aljibe por donde una vez  
había visto desaparecer un pájaro  
pequeño, y el novio de mi otra prima  
que venía tres veces por semana,  
martes, jueves y domingo –mi tía  
lo hacía pasar al comedor  
(los primos chicos acechábamos  
detrás de puertas y ventanas)–  
y él, muy esmeradito –venía siempre de traje  
y de corbata aunque fuera enero y no se pudiera  
ni respirar por el calor– le alcanzaba  
–martes, jueves y domingo– un paquete de bizcochos  
o de masas, una bolsa llena de dulces  
o un ejemplar de «los mejores versos para los novios  
en lengua castellana» donde se podía leer:

«Tus ojos son dos estrellas que brillan  
y tu boca de rubí en las mejillas  
va engarzada como una fruta fresca.  
Tus manos son dos flores que me lanzan

su perfume de dulce primavera;  
No te olvides de mí que te amo tanto  
que sin ti ya no vivo, sino sangro».

Veo el vientre portentoso de las mayólicas chinas  
que el azar aventurero de un tío oveja negra  
puso entre las alfombras dieciochescas de la casa  
y una procesión de primos,  
entre los sueños de la madrugada,  
trepándose a las paredes como a los pinos,  
y una madrina que no era hada y se murió  
de insolación un mes que no fue de verano  
pero igual alcanzó para matarla,

y todo lo demás,  
todo lo demás que ya no veo,  
porque una marea como un viento me lo ha lleva-  
do.

## II. Oliverio

### Los sueños

El soñar el vivir.

La vida que es sueño  
y el sueño de vivir una vida entera  
soñar que se está vivo  
y dormir despierto un sueño completo  
el sueño que se estira  
y una vez, que soñé una vida hecha  
soñé que me despertaba y estaba vivo  
viviendo una vida nueva  
soñando sueños viejos  
y la vida tenía el color antiguo de las catedrales  
y el sueño, era un elefante que se movía  
detrás de una ventana  
mirando melancólico las demás plantas.  
Soñé que vivía sueños vivos  
sueños gordos como osos invernales  
y me dormí una vida entera,  
despertándome solamente para dormir.

La borrachera de sueños se me subía a la cabeza con los primeros fríos. Soñaba despierto, soñaba dormido, soñaba sentado en la silla y mientras comía; mis despertares

eran inquietos, porque prefería estar dormido, y si no tenía sueño, empleaba mi tiempo en ordenar los temas de mis sueños, preparar el material que soñaría, separar los temas dichosos de sueños de los otros, los susceptibles solamente de ser olvidados. Venían así, blandamente, deslizándose desde el otoño, casi sin tocar la tierra; yo los esperaba sentado, semidormido, adormecido por la lujuria de saberlo. A veces comenzaban a llegar a raíz de una hoja, un pensamiento o algo parecido; es que estaba en un ómnibus y como un viejo licor que se avecina, un portal derramaba su perfume a madera y a portal, a tronco, resina, unguento, mano de bronce, viejas familias; o era apenas un roce de telas en la escalinata del teatro (telas que se difuminaban en la oscuridad) que me hacía ponerme a soñar, rozándome la música, la oscuridad, el tacto de las telas, el perfume de los abanicos acariciados en penumbra, los antiguos sonidos que se desprendían del violoncelo y el clavicordio como una música de sueños que estuvieran por disolverse, sumisos, humildes, replegados al subconsciente.

Cuando la estación de los sueños ya se había instalado, yo ejercía cierto dominio sobre mis fantasías, que la práctica, el ejercicio, acentuaban por los días. Ya nada me detenía en el soñar, y no bien me instalaba en el jardín, sobre una silla, en la iglesia, en el comedor, al lado de la abuela, echaba a soñar mis sienes, mis cabellos, mis brazos, mis miembros, y a veces hasta la cabeza y los dedos de la mano soñaban con independencia, cosas diferentes. Lo más triste era romper el hechizo de los sueños, para comer o para llorar un poco, para hablar con los otros o ir de paseo. Pero pronto aprendí a soñar en todos lados: de la mano de mi padre, caminando sobre el pasto, cuando los domingos me sacaba a tomar el aire, a cambiar el de la casa por otro que olía a almendros y a castaños. Aprendí a soñar cuando me hablaban, cuando reía, mientras parecía atento y si resolvía las ecuaciones de segundo grado, a so-

ñar en las fuentes, en las glorietas, bajo los paraísos y los umbrosos jazmines. Soñé de todo; en mis sueños los animales eran enormes, brillantes y sensibles, como dinosaurios, y soñé con mariposas, aves, caracoles, piedras preciosas, fiordos, Rusia, Mozart, cadáveres, resurrecciones, pirámides, conciertos y bosquecillos.

La estación de los sueños bajaba a mí cada mañana, dejándome su carga, de la cual yo extraía una manzana, una flor, muchos perfumes y grupos de sílabas que me entretenía en descomponer, aspirando a combinaciones nuevas. Así supe que el sonido es una geometría que podemos componer, y el significado, apenas una referencia ostensible a las cosas que aprendimos a nombrar de niños, en el tiempo de la obediencia.

### **III. Oliverio**

## **Los orígenes**

Desde nuestros orígenes, hemos sido una familia muy prolija

La limpieza ha sido la ocupación principal de las mujeres de nuestra casa, y casi la exclusiva, si descontamos la otra, la tarea de prolongar la especie y propagar la familia, empresa esta que asumen con total dignidad y conciencia, de manera que cada nueva pareja que se desgaja del tronco central, puede honrarse de haber perpetuado el apellido original en algún retoño, quien volvería a portarlo en su semen, con su ardiente posteridad, sumándose así a la marcha del mundo.

Desde pequeños comprendimos que esa era, a la vez, la gran tarea asignada a los hombres de la familia, pese a algunas apariencias que podían sugerir otra cosa. Ganar dinero, adquirir bienes inmuebles, acciones de compañías extranjeras, invertir dólares en bancos privados, construir casas en balnearios, todo eso era correcto y estaba muy bien visto, pero las inversiones, las operaciones en la bolsa, los muebles suntuosos, las lucrativas especulaciones, las extensiones de campo, los viajes de entretenimiento, las chequeras, los ascensos a privilegiados asientos en los escritorios de las empresas, las salas de juego instaladas gracias a promisorias concesiones del estado, los benefi-

cios que puntualmente remitíamos a cuentas en el exterior, la prosperidad de nuestras empresas funerarias no alcanzaban a disimular, no podían en ningún caso sustituir la tarea fundamental de los hombres de nuestra familia, que era entrometer en el oscuro óvalo uterino de alguna pasajera ajena a nuestro lar la gotita de semen impregnada con nuestro apellido, y destinada a conservar nuestra especie, a perpetuar nuestra familia.

Desde el momento en que esa inversión de semen se realizaba, la extraña portadora de él, la extranjera que había abierto sus piernas ante uno de los nuestros, vaya a saber llevada por qué azar, se volvía un objeto venerable, digno de nuestros mayores cuidados, pasaba a integrar la familia, a ser una de las nuestras, se volvía rama preñada del fuerte tronco ancestral, y ninguna noticia acerca de su pasado, de su vida anterior, de sus costumbres, de sus días hasta antes de ayer, podían exonerarla de aquella carga maravillosa, sagrada, de aquella bendición que uno de los nuestros le había impartido entre las ingles, allí donde comenzaban la selva y los ríos fecundantes con su limo. Nada que hubiera hecho alguna vez, nada que hiciera en el presente, podía separarla de la estima y del respeto a que se había hecho acreedora al haber recogido en su vientre el óbolo ritual de uno de nuestros hombres. Desde ese momento quedaba integrada a la comunidad; sus contactos con el exterior se disolvían, pasaba a estar bajo nuestra protección, ya nadie ni nada podía restituirla al tránsito, a las calles, a la confusión de afuera: bajo nuestros limoneros y naranjos, como bajo la protección de un ejército de alabarderos, sus días se deslizarían ya prendidos para siempre a los nuestros.

Aparte de producir, pues, descendientes (y con un hijo se consideraba que aquella mujer había cumplido su tarea, quedaba exonerada de los subsiguientes, pero de ninguna manera podía desvincularse del tronco central, de aquel miembro de nuestra familia que había hollado

aunque fuera una sola vez sus territorios, derramando su líquido inseminador allí donde pudiera prender la planta, afincando sus bulbos a las paredes interiores del útero), las mujeres de nuestra familia no tenían otra tarea más que la de la limpieza. Y se entregaban a ella ferozmente, a decir verdad, como si fuera esa la única manera de sobrevivir, de alcanzar la perfección y mantener el prestigio de la casa, la honorabilidad de la familia.

De modo que cuando no estaban dedicadas a la noble y loable tarea de parir, ellas lavaban, sacudían, fregaban, lustraban, bruñían, barrían, quemaban hojas, enceraban, pasaban la aspiradora, alcoholizaban los vidrios, blanqueaban ropa, barnizaban muebles, secaban platos, frotaban bronces, perfumaban ambientes, vaporizaban esencias, lustraban caireles y metales. He visto frotar con frenesí, durante media hora, la canilla del lavabo, hasta dejarla resplandeciente; fregar, hasta sacar lustre (arrojadas sobre el suelo y empuñando el trapo con ambas manos, sacudiendo todo el cuerpo que iba hacia atrás y hacia adelante como poseído de frenesí amoroso), la línea de junta entre baldosa y baldosa; pulir con esmero, como quien acaricia la piel oscura de una muchacha, el ángel de bronce del llamador; adelgazar las telas, de tanto lavarlas, hasta volverlas transparentes; perseguir por la casa, con saña y ferocidad, los vuelos desesperados de un rastro de polvo que, enloquecido por la persecución, intentaba huir por los corredores, pisos y ventanas; también así, con igual ardor, se matan las cucarachas, las mariposas, las moscas, las lombrices, los caracoles, las pequeñas arañas, las hormigas, animales todos ellos propensos a destruir y a ensuciar.

Hemos perseguido al polvo hasta en el teclado del piano, donde solía guarecerse, cuando ya no quedaba ningún lugar seguro en la casa; entonces lo destapábamos silenciosamente y, provistos de ávidas franelas, caíamos despiadadamente sobre la pelusa blanca que cubría

las teclas, golpeándolas y percutiéndolas, de modo que aquel salvaje blanco se evaporara entre nuestras telas.

Hasta que nuestra madre decidió clausurar definitivamente el piano, para que su teclado no sirviera de refugio a los intrusos blancos. Desde entonces, el antiguo piano de cola no ha abierto más su boca, nadie más ha visto su blanca dentadura; aquella sonrisa melancólica y suave por la noche, cerca de las lámparas de pie, ya no se oye más. Las mujeres se acercan a sacudirlo por encima: quitan el polvo de la tapa, de los costados, de las dos rosas de madera, negras, talladas en el centro, y lustran los pedales amarillos, primorosamente, cada mañana; pero nadie se atreve a moverle los labios, a abrirle la boca, a mirarle los dientes y las comisuras. Yo no sé si el teclado aún existirá; a veces pienso que no, que se ha ido por la ventana, hacia el jardín, por el camino de las tías.

También nuestras mujeres lustran las hojas de las magnolias y de los castaños, y es hermoso verlas, al caer la tarde, subidas a sus escaleras de madera, tocando las ramas más sombrías, asiendo por su talle cada hoja, mojándoles las puntas y frotándolas con cera. Así quedan las hojas tiesas y brillantes, como almidonadas, y cuando damos nuestras fiestas la gente se detiene bajo los árboles a admirar aquel brillo tan original, aquellos árboles tan lustrosos que parecen de mentira. Los muertos familiares, al reposar en sus cámaras ardientes, tienen el mismo brillo. Es en las fiestas, precisamente, donde más se destaca la perfección del repujado, la limpieza de los patios, el lustre de las estatuas, el brillo de los metales, la pulida frialdad de los mármoles de la terraza, hacia la cual se inclinan, con idéntica vocación, las hojas lustradas de los castaños, y una luna metálica, opaca, merodeadora.

En esas noches, en los claros patios llenos de fuentes vigiladas por la blancura de estatuas solemnes y desnudas, mi tío Andrés se entretiene en confundir a las visitas, transformando lo real en falso, y lo falso en aparentemente